

CRITICA SOCIOLOGICA DEL INFORME BIRF/FAO

El informe, al margen de la historia

POR

ALFONSO C. COMIN

LA BRUJULA TECNOCRATICA

Hace casi cinco años, en vísperas de iniciarse el Plan de Desarrollo Económico y Social que ahora concluye, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, más comúnmente conocido por el Banco Mundial, elaboró y publicó un informe sobre el «Desarrollo económico de España». Informe que, según la metodología habitual del Banco, contenía una serie de recomendaciones para el futuro. Dichas recomendaciones, según la ideología que inspira al Banco Mundial, se mantenía de una manera serena y rigurosa dentro de la ortodoxia capitalista internacional. Dichas recomendaciones eran, en el fondo, las condiciones, la hipoteca ideológica, los «gastos» que había de pagar nuestra planificación indicativa si se quería contar con la ayuda y la aportación—por otra parte imprescindibles—del capital internacional, capital que habría de llegar, bien a través del propio Banco Mundial, bien a través de inversiones directas.

Cuando nuestro primer Plan de Desarrollo toca a su fin, los resultados no son muy alentadores. Sin entrar en un análisis global del mismo—objeto que se sale de este trabajo—recordaremos algo que se ha subrayado suficientemente: la agricultura ha sido el gran fracaso de nuestro Plan. El sector agrario no sólo no se ha desarrollado, sino que ha sufrido un notable retraso. El Plan no ha realizado cambios estructurales en ningún sector, pero en el agrario su ineficacia ha sido definitiva. Ante tal situación, y en vísperas de ponerse en marcha el segundo Plan de Desarrollo, el Banco Mundial, con la colaboración de la F. A. O., ha publicado un nuevo informe sobre «El desarrollo de la Agricultura en España», según los módulos habituales, con

sus recomendaciones de rigor, con sus esquemas ideológicos previstos. Sin gran riesgo de error, podemos afirmar que dichas recomendaciones inspiraron los aspectos correspondiente del segundo Plan. De aquí su extraordinaria importancia política.

Esta «pretensión fundamental» del informe ha quedado explícitamente descrita en el editorial de *Información Comercial Española* de marzo de este año, número dedicado monográficamente a comentar el citado informe. Dice dicho editorial que «226 páginas de intenso texto, cuatro anejos y una profusión de estadísticas de la producción agraria española no deben hacer perder de vista al lector del informe su pretensión fundamental: contribuir a la definición de una «nueva política agraria» dentro del contexto del desarrollo económico general de España». El editorial señala inmediatamente las lagunas que el informe contiene dentro de esa pretensión, y los artículos que se suceden, unos más críticos otros menos, algunos demoleedores, como el de Velarde, prueban las incoherencias y las graves limitaciones del famoso informe.

Ciertamente, si se somete el informe a un estricto análisis económico, hallamos inmediatamente graves deficiencias, así como «recomendaciones» que no pasan de un nivel indicativo primario. Pero en el campo del contexto ideológico, el informe es de tal pobreza, revela un desconocimiento de las diversas problemáticas agrarias del país increíble. Cuando leemos que entre los expertos que constituyeron la misión había un sociólogo rural, nos preguntamos qué investigaciones y qué aportaciones se han hecho desde esta perspectiva.

Nuestros economistas y sociólogos, aunque sea de una manera incompleta, han aportado desde hace varios años un rico material que ayuda a penetrar la diversa tipología que presenta el campo español, tanto desde una perspectiva puramente económica como sociológica. Pero los condicionamientos y repliegues ideológicos en los que subrepticamente se basa el informe—como le sucedía al primer informe del Banco Mundial al que aludíamos al principio—lo conducen a esquivar problemas claves de nuestro futuro agrario. En una palabra, diríamos que el informe del Banco Mundial y de la F. A. O. es un informe carente por completo de sentido histórico. Navega puramente según la brújula tecnocrática, más o menos ordenadora, pero incapaz de penetrar las raíces y las posibilidades históricas de los hombres que viven en los campos españoles de 1967.

Se podrá alegar que la tecnocracia se halla «al margen de

la Historia» y que los objetivos de tal informe eran puramente los de poner un cierto orden en la «nueva política agraria» del país. Pero si repasamos varios de los temas tratados en el mismo, no vemos cómo pueda ordenarse tal política sin incidir en problemas claves que rozan con los acontecimientos decisivos de nuestra historia más reciente.

PLURALISMO DE PODERES

El lector tiene la impresión de que los redactores del informe no han ido más allá en su conocimiento de los hombres de nuestros campos de lo que hubiera ido un turista recorriendo las carreteras a más de cien kilómetros por hora. Velarde ha hecho una dura crítica del informe en el artículo de *Información Comercial Española* al que aludíamos más arriba, señalando, entre otras, diez graves omisiones del mismo en torno a problemas fundamentales de nuestro desarrollo agrícola. Después de exponer estas omisiones, Velarde ironiza diciendo: «Dejamos sobre el tapete estos diez problemas, en cuanto no se plantean siquiera. ¿Puede esperarse otra cosa de un informe en el que España tiene cincuenta y una provincias?» Inmediatamente, Velarde añade: «El ejemplar que manejamos es penoso. Las erratas de imprenta son innumerables, y a veces conducen a graves confusiones. La traducción es detestable. Otra expresión sería un regalo.» Estas críticas de fondo y forma al informe producen un cierto desasosiego, pues a la vista de los análisis realizados durante estos últimos años por nuestros jóvenes economistas y sociólogos a que nos referimos anteriormente, que han reunido un material de primera mano que está ahí, al alcance de cualquier persona que quiera proceder con rigor a la hora de analizar los problemas de nuestro país, concluimos que si el informe ha procedido como si no existieran tales materiales, es muy probable que ello provenga de ciertas opciones teóricas, de ciertos *aprioris* en el enfoque general de los problemas económicos del país.

Caro Baroja, en su artículo del mismo número de *Información Comercial Española*, nos recuerda «que *los campos*, y no el campo, tendrán distintos *porvenires*, y que esto es lo único cierto que se puede decir». Ciertamente, para analizar el pluralismo de *porvenires* de nuestros *campos*, resulta imprescindible conocer a fondo la estructura social, étnica, histórica de cada uno de ellos,

y no sólo sus aspectos económicos. No basta con aplicarles rígidas leyes de mercado. Todo ello presupone un enfoque más riguroso del problema agrario y, sobre todo, un enfoque histórico y progresivo.

Pero los expertos de la misión han preferido proceder casi con mentalidad de «Guía Michelin Tecnocratizada» y pasar revista turístico-económica a los grandes problemas de nuestra agricultura. Sus recomendaciones, elaboradas en el estrecho marco de los mecánicos del mercado, sin ir más allá apenas del juego de los precios o de timidas indicaciones administrativas, no parecen poseer gran contenido imaginativo. Sustancialmente, el informe es un texto escrito en el vacío, un texto elaborado al margen de la Historia, como hemos dicho. Se nos dirá que un texto tecnocrático no tiene por qué tener presente la Historia. A este argumento sólo podemos responder recordando el poderoso contexto histórico que ha marcado todas las convulsiones de nuestra agricultura. La «cuestión agraria» ha sido, durante décadas, si no durante siglos, la «gran cuestión» de nuestra historia. No hay más que recordar nombres como los de Jovellanos, Flores de Lemus o el de Joaquín Costa para confirmar ese aserto. El historiador inglés Gerald Brenan, que ha sido capaz de entender problemas fundamentales de nuestro país, ha escrito que «la cuestión agraria constituye el problema fundamental de España». Con esta afirmación, escrita en *El Laberinto Español*, Brenan nos indica que ese problema fundamental lo es no sólo por su trascendencia económica, sino por su gravedad social y humana.

¿INDIVIDUALISMO INCORREGIBLE?

Pero, además, el informe hace gala de un simplismo capaz de utilizar cualquier tópico sobre la idiosincrasia de los españoles para escurrir el afrontamiento de ciertos problemas estructurales. En nombre de ciertos enfoques psicológicos se eluden graves problemas sociales. Cuando en sus páginas se abordan los problemas del cooperativismo y se reconoce el escaso alcance que este movimiento tiene en nuestro país, este tema hubiera requerido consideraciones más profundas que las meramente jurídicas o superficialmente descriptivas que se le dedican. Cuando en el apartado núm. 38 el informe dice que «respondiendo a la presión de elementos comerciales que desean aprovechar estos beneficios

(y en algunos casos de dependencias del Gobierno deseosas de lograr resultados rápidos), se han constituido Cooperativas integradas por miembros que carecen del adiestramiento y conocimientos adecuados y que, por lo tanto, de Cooperativas no tienen más que el nombre», creemos que esa constatación hubiera requerido el análisis de las relaciones que en ciertas zonas, como la andaluza, tiene tal fenómeno, con ciertos predomios caciquistas o, incluso, con ciertas estructuras monopolísticas que controlan los circuitos comerciales.

Cuando, en el párrafo final del mismo capítulo dedicado a las Cooperativas, se dice que «el progreso del movimiento, necesariamente, dependerá de la medida con que el agricultor español esté dispuesto en el futuro a dejar a un lado su *individualismo natural* y participar en esfuerzos y organizaciones conjuntos» (el subrayado es nuestro), tenemos la impresión de que los redactores del informe no han ido más allá de una sociología de primera enseñanza. Cualquiera persona medianamente familiarizada con los problemas del cambio social sabe hasta qué punto los problemas psicológicos que puedan condicionar a aquél—en este caso el individualismo natural del campesino—guardan estrechas vinculaciones con los problemas estructurales del contexto socio-económico. La disponibilidad para cooperar en estructuras cooperativas requiere como condición necesaria un mínimo de confianza en la lealtad y honradez administrativa de esas estructuras. Por otra parte, el problema especial en este caso no es el individualismo del campesino español—el campesino ha sido más o menos individualista en todas las latitudes, según las épocas—, sino hallar una política de «acompañamiento sociológico» que ayude al «salto cualitativo» que supone pasar de una agricultura tradicional a una agricultura moderna que, entre otras cosas, exige no sólo cambios técnicos, sino cambios en las relaciones de producción y en las relaciones comerciales. Pero en este punto, como en tantos otros, el informe guarda una absoluta reserva.

Las diversas experiencias cooperativistas realizadas en España ofrecen un terreno apropiado para llevar adelante investigaciones piloto. Tanto la experiencia de Zúñiga como los esfuerzos de desarrollo comunitario que se están llevando a cabo en Baza y en Vélez-Málaga, son ejemplos ilustrativos de lugares y ocasiones en los que se hubiera podido investigar sobre los problemas del cambio social y del dinamismo asociativo dentro del gran pluralismo que ofrece la agricultura española.

ALGO MAS QUE SIMPLES YUXTAPOSICIONES

Por otra parte, la historia agraria andaluza, la remota, pero también la más reciente, sometida a la convulsión de la diáspora colectiva, es una historia en la que aparecen fenómenos sociológicos de solidaridad y actitudes mentales dignas de análisis más profundos. Los recientes trabajos que Martínez Alíer ha hecho en el campo de Córdoba son un ejemplo contundente de la complejidad humana y sociológica del campesino andaluz y de sus posibilidades asociativas, complejidad que el informe suprime, olvidándola. El material que el «Plan C. C. B.» de Cáritas puso sobre el tapete hace un par de años hubiera podido ilustrar e iluminar también muchas de las lagunas sociales con que la misión ha redactado este informe. Velarde, en el artículo ya aludido de *Información Comercial Española*, prosiguiendo su implacable crítica al informe, se ve obligado a recordar que hay lecturas fundamentales que no se pueden olvidar a la hora de enforcar los problemas de la agricultura española. «Nada se puede entender sobre el problema triguero sin haber manejado el libro de Víctor Pérez Díaz *Estructura y éxodo rural*. Nada se puede resolver tampoco sin meditar mucho sus atinadísimas observaciones». Y más adelante, Velarde se ve obligado también a recordar que «los pueblos son algo más complejos que simples yuxtaposiciones del *Anuario Estadístico* y el *Boletín Oficial del Estado*.» Podríamos añadir otras lecturas fundamentales que el informe no ha tenido en cuenta, pero, sobre todo, lo que salta a la vista inmediatamente es el desconocimiento de los auténticos problemas sociales que padece el campo español.

Cuando el informe nos habla de la necesidad de hacer *hincapié en una juventud rural progresiva*, lo que los españoles nos preguntamos es cómo lograr tal ambición en un momento histórico de éxodo incesante, en medio de un proceso migratorio que está alcanzando unas dimensiones increíbles de despoblamiento casi total de amplias zonas rurales del país. Cuando Alvaro Fernández Suárez nos recuerda que «vivir en el campo, en las condiciones de sus *alegres* días, era un infierno», dice un aserto elemental para los que como él se han preocupado de mirar al agro con ojos capaces de ver al hombre que trabaja en él. Para los tecnócratas de la misión, los problemas del campo son casi únicamente problemas de oferta y demanda, de cambio en los hábitos de consumo, o de mayor agilidad en la política de precios. Los problemas sociales se diluyen detrás de esas «acertadas» leyes.

económicas, y la actividad de los hombres se convierte en un proceso casi automático que responde a las pulsaciones del tecnócrata.

Las consideraciones sobre la gran propiedad latifundista responden al mismo olvido de la historia social que tal tema contiene en el caso español. Las recomendaciones no son muy vigorosas y decididas en este punto, por supuesto, limitándose a orientar la «nueva política» a través de instrumentaciones indirectas y de tímidas legislaciones o aportando considerandos sobre los beneficios y maleficios del arrendamiento o de la aparcería. Según comentaba Arturo López Muñoz en su habitual columna económica de *Triunfo*, dedicada a comentar precisamente el tema del arrendamiento o de la aparcería a la luz del informe, «en una sociedad orientada hacia el progreso, el concepto de renta de la tierra en favor de un tercero que no la trabaja carece de validez. El propietario de la tierra no tiene nada que ver en el proceso real de producción. Su papel se limita a apropiarse de una parte del excedente económico generado en el sistema productivo». Pero poco o nada preocupa este aspecto del tema a los expertos de la misión, que, como se comenta en el mismo artículo, «hacen abstracción de las relaciones socioeconómicas que predominan en la agricultura, limitándose a promover una serie de soluciones técnicas cuya eficacia resulta problemática».

Creemos que la ciencia social en el campo específico de los problemas agrarios cuenta con un acervo de materiales y de investigaciones en todo el mundo que hubieran debido orientar el enfoque general del informe a una perspectiva histórica, rigurosa y válida para nuestro futuro. Salvando las distancias y teniendo presente las características y el contexto de cada lugar, las experiencias de un Danilo Dolci en Sicilia o las investigaciones de un René Dumont sobre los problemas agrarios del tercer mundo son una aportación teórica y práctica que permiten construir el contexto del desarrollo agrario con enfoques auténticamente progresivos. Claro está que ello obliga a abandonar el dogmatismo neoliberal y tecnicista con que han procedido los expertos de la misión. Igualmente podemos decir de todas las investigaciones que en el campo concreto de la sociología del cooperativismo han realizado Meister, Desroches Inkfeld, etc., y que ofrecen un material rico en iluminación a la hora de abordar estos problemas.

MAS ESTIMULOS

Pero, una vez más, nuestra Administración ha elegido el camino de la tecnocracia, de una tecnocracia fría y fiel a intereses muy definidos. Para el informe no se trata de afrontar los problemas que hoy aplastan a la clase campesina española, ofreciéndole un auténtico futuro histórico, capaz de integrarla en un proyecto válido, progresivo, democrático, en el que pueda participar y sentirse protagonista; no pretende resolver los problemas de nuestra progresiva deshumanización del campo. Para el informe se trata de salvar nuevamente uno de los problemas que está colapsando la economía de mercado en España, con peligro de minar el mismo sistema neocapitalista. Según concluye el editorial del número ya aludido varias veces de *Información Comercial Española*, «el informe de la F. A. O. y el Banco Mundial ha realizado útiles observaciones para definir la futura política de precios. Este lado, de lo que podría llamarse el triángulo de la nueva política agraria española, está bastante bien definido en el informe», para más adelante precisar que «resulta claro que esta política de precios constituye una condición necesaria, pero no suficiente, para definir la nueva política agraria que el país precisa. La búsqueda de adecuadas dimensiones de la estructura agraria y la tecnificación y capitalización de la empresa agrícola probablemente necesitan más estímulos que aquellos que acampan en el terreno del mercado desde el que los técnicos de la F. A. O. y el Banco Mundial han contemplado los difíciles problemas que debe resolver el desarrollo de la agricultura española».

Ciertamente, esos estímulos desbordan con mucho la capacidad imaginativa de los burócratas de la misión y presuponen una concepción de la historia como tarea colectiva que se les escapa. Por otra parte, requieren un conocimiento de nuestros hombres y de nuestros pueblos que vaya más allá del simplismo de que hace gala el informe. Con ese estilo frío y alejado de la realidad, al que se suma la tradicional autosuficiencia mecanicista del tecnócrata, las 226 páginas del informe del Banco Mundial y de la F. A. O. son una prueba más del círculo vicioso que acosa a nuestra economía y del escaso dinamismo social con que se enfocan nuestros más graves problemas nacionales. Pues, al

fin y al cabo, si la misión ha redactado un informe al margen de la historia, ello no es responsabilidad suya, sino de quienes se están esforzando en orientar el país hacia estructuras puramente neocapitalistas, con grave riesgo para el futuro democrático del país.